

UN OPÚSCULO LATINO SOBRE EL ANTICRISTO (MS. 9465 B.N.M.)

MS 9465 of the Spanish National Library contains a short latin text, an Anticrist's biography with all the elements of the Medieval apocalyptic tradition, mixed with moral and exhortative contents. Wholly convinced of the Anticrist's imminent arrival, the anonimus writer encourages all believers to return to the basic principles of the catolic religion, which are also included in this text.

La aparición de cualquier nuevo texto sobre el Anticristo en bibliotecas españolas no deja de ser un acontecimiento de cierta importancia; bien es cierto que el que ahora nos ocupa, breve y de escasa enjundia, no posee características extraordinarias que vayan a contribuir en exceso a enriquecer el conocimiento de la tradición apocalíptica medieval en la Península Ibérica. No obstante, el hallazgo de escritos como éste permite, en cierta medida, perfilar aún más la difusión de estas creencias en tierras de Castilla durante los siglos medievales y profundizar sobre unas ideas muy arraigadas en este período que, en este caso, con una evidente intencionalidad moral, se plasmaron en un códice misceláneo procedente de la biblioteca que en 1455 fundó el Conde de Haro para el Hospital de la Vera Cruz en Medina de Pomar, adonde él mismo se retiró de la vida pública en el año 1459¹. El manuscrito, copia en papel del siglo

¹ Vaya desde aquí nuestro profundo agradecimiento a José María Soto Rábanos, quien nos comunicó la existencia de este escrito y puso a nuestra disposición sus notas sobre la descripción del códice en el que se encuentra. Véase A. Paz y Meliá, "Biblioteca fundada por el Conde de Haro", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1 1897, 18-24, 60-66, 156-163, 255-262 y 452-462; 1900 (4), págs. 535-541 y 662-667; también, y con más precisión, Jeremy Lawrance, "Nueva luz sobre la biblioteca del Conde de Haro. Inventario de 1455", *El Crotalón, Anuario de Filología Española*, 1984, 1073-1111. También queremos dejar constancia de nuestra gratitud hacia Antón Alvar y José Luis Moralejo, atentos lectores de este trabajo.

XV, lleva la signatura 9465 de la BNM y consta de un total de 170 folios en los que se han copiado diez textos, más el índice de uno de ellos². Su contenido es eminentemente teológico: dos libros de Isidoro de Sevilla, el *Liber contra judeorum perfidiam* y el *Liber sinonimarum*, un *Modus orandi*, la *Contemplatio passionis et resurrectionis* de Martín de León, el famoso *Liber de contemptu mundi* del papa Inocencio III, un *Speculum continentiae et reformationis vitae*, un tratado en castellano sobre la confesión escrito por Juan Martínez de Almazán, una breve relación titulada *De quattuor principalibus virtutibus* y la todavía más escueta *De proprietatibus Romanorum*. Entre ellos, en el quinto lugar, figura el que lleva el epígrafe *Hec est fides quam omnes catholici debemus tenere contra Antechristum et contra eius falsos apostolos* (ff. 96v.-99), que, a partir de este momento, y en aras de la brevedad, nos permitiremos titular simplemente *Opusculum contra Antechristum*.

La ausencia de datos internos en el texto (referencias geográficas, hechos históricos, alusiones literarias significativas, nominaciones, etc.) impide aventurar una fecha precisa para su composición; lo mismo puede concluirse respecto a su posible autoría, ya que nada en el escrito contribuye a la formulación de hipótesis alguna; tan sólo parece fuera de toda duda que su autor hubo de pertenecer al estamento eclesiástico, pues el denso contenido doctrinal y el tono admonitorio del opúsculo, además de las citas bíblicas, la lengua en la que está escrito y las invocaciones del tipo “*omnes ecclesie fideles*”, “*o populi christiani*” o “*fratres karissimi*”, entre otras, parecen remitir a un hombre de la Iglesia preocupado por la salud moral de los católicos. La inclusión del texto en un volumen donde predominan los escritos de carácter teológico compuestos por autores eclesiásticos (Isidoro de Sevilla, Martín de León, Inocencio III y Juan Martínez de Almazán) refuerza en parte esta suposición y nos transmite de paso los intereses del poseedor de este códice, aunque esto último pueda no ser extraordinariamente significativo puesto que en las bibliotecas de los grandes magnates del siglo XV se daba cabida a una proporción muy variada de

² Véase su descripción en el *Inventario General de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, XIII, (8500-9500)*, Madrid, Biblioteca Nacional, 1995, págs. 352-353. Jeremy Lawrance, *op. cit.*, pág. 1094

títulos y autores³. Sin embargo, en este caso concreto, y según se trasluce de la relación de títulos que constan en el catálogo que de la biblioteca del Conde de Haro se hizo el 27 de mayo de 1553, se observa que, de un total de 156 obras relacionadas, 86 se corresponden con libros de Sagrada Escritura o de contenido eclesiástico, algo perfectamente comprensible dada la naturaleza del establecimiento donde estuvo ubicada esta biblioteca⁴.

El *Opusculum contra Antechristum* ofrece un esquema compositivo que podría calificarse de recurrente, motivado por el carácter doctrinal del escrito y por el propósito moralizante que impregna todo el texto. Se refleja también perfectamente en el plano estructural la idea básica que lo preside, es decir, la real oposición entre Cristo y el Anticristo, un paralelismo clásico que forma parte de la misma tradición y que puede verse reflejado no sólo en obras literarias o teológicas sino en algunas representaciones iconográficas, donde adquiere una máxima plasticidad. Así, por ejemplo, en el *Libro de los grandes hechos*, escrito por el franciscano Juan Unay en el siglo XV, descubrimos una de estas descripciones contrapuestas, en la que las características negativas del Anticristo ofrecen un contrapunto inmediato con las buenas cualidades y acciones de Jesucristo⁵. Parecido contraste, ahora de más intensa visibilidad, se aprecia en una pintura sobre el Juicio situada en el arco triunfal de Santa María de Porto Fuori en Rávena; aquí, Cristo, como juez supremo, preside la escena; a su derecha se encuentra el Anticristo y a su izquierda, como representante del bien, el arcángel San Miguel. El propósito contrastivo es evidente y no requiere más comentarios, lo mismo que las xilografías de una obra del año 1521, la *Antithesis figu-*

³ Son ya numerosos los trabajos que, en este sentido, se han escrito sobre los fondos de bibliotecas nobiliarias en España. Para una visión general, véase Charles B. Faulhaber, *Libros y bibliotecas en la España medieval. Una bibliografía de fuentes impresas*, London, Grant & Cutler, 1987.

⁴ Véase A. Paz y Meliá, *op. cit.*, pág. 21.

⁵ Vid. *Libro de los grandes hechos*, ed. de José Guadalajara, en *Las profecías del Anticristo en la Edad Media*, Madrid, Gredos, 1996; en este trabajo, el contraste citado Cristo/Anticristo puede advertirse en las págs. 409-410. Ni que decir tiene que este recurso contrastivo fue ya utilizado por Adso de Montier, autor del que hablaremos más adelante, en la segunda mitad del siglo X en un texto que se convirtió en la fuente fundamental para todo lo relativo a la vida del Anticristo.

rata vitae Christi et Anthichristi, donde las estampas se presentan a doble página, con su texto correspondiente, para ofrecer dos imágenes, la de Cristo y la del Anticristo, que resultan completamente opuestas en sus actos y caracterización⁶. Esta forma de tratamiento refuerza la intención moralizante, por lo que no resulta nada extraño que el autor anónimo del *Opusculum contra Antechristum* haya recurrido al mismo sistema para intensificar el auténtico motivo de su composición: el deseo de inculcar en sus lectores la necesidad de permanecer fieles a los mandamientos de la Iglesia. La representación de la estructura del opúsculo ayudará a visualizar mejor este procedimiento compositivo:

- 1.- Exhortación a los fieles (alusión a la venida del Anticristo).
- 2.- Breve *vita Christi*.
- 3.- Exhortación a los fieles (alusión a la venida del Anticristo).
- 4.- Cristo (Trinidad).
- 5.- Exhortación a los fieles (alusión a la venida del Anticristo).
- 6.- Breve *vita Antechristi*.
- 7.- Exhortación a los fieles (alusión a la venida del Anticristo).

Obsérvese la perfecta simetría, que además (no nos atrevemos a afirmar ahora que haya sido buscada intencionadamente) se ampara bajo un número que recoge una idea muy querida del pensamiento escatológico: la hebdómada y el valor simbólico del número siete, correspondiente a los días de la creación y que, desde los primeros siglos del cristianismo (si bien es verdad que cuenta con antecedentes remotos), se relacionó también con los siete mil años que habría de durar el mundo⁷. La coincidencia, en todo caso, es significativa en un contexto de estas características, lo mismo que la disposición de los contenidos en el escrito, organizados en torno a un núcleo que ofrece la

⁶ Véase Fabio Bisogni, "Problemi iconografici rimenesi. Le storie dell' Anticristo in S. Maria in Porto Fuori", *Paragone* 305, julio 1975, 13-23. La *Antithesis* puede consultarse en el volumen que recoge la *Replica ad Ambrogio Catarino sull' Anticristo* de Martín Lutero, Torino, Claudiana, 1989, págs. 155-184.

⁷ Un completo estudio sobre el origen y difusión de esta idea puede consultarse en Auguste Luneau, *L'Histoire du salut chez les Pères de l'Eglise: la doctrine des âges du monde*, Paris, Beauchesne, 1964.

imagen de Cristo asociada con la Trinidad, máxima expresión de la unidad divina y fundamento de la teología cristiana.

Desde esta perspectiva, el *Opusculum* adquiere una dimensión que podríamos calificar de visual y pictórica, centrada en un esquema muy didáctico basado en la repetición de una idea clave para su autor: la necesidad de permanecer fieles en la fe ante la venida cercana del Anticristo. Como puede apreciarse además, el contraste entre la fidelidad cristiana y la apostasía se representa en el texto, siempre con una intención moralizante, por medio de la inclusión de dos *vitae*: la de Cristo, modelo de conducta y símbolo de la esperanza cristiana, y la del Anticristo, enemigo de la fe y ejemplo de perversión moral. El enmarque de estos dos bloques temáticos no deja de poseer en relación con el conjunto un valor simbólico, puesto que la *vita Christi* ha sido situada en un primer plano (en términos pictóricos, ocupa la parte superior), en tanto que la *vita Antechristi* se encuentra expuesta en el texto después del núcleo de la composición, es decir, debajo de la imagen trinitaria de la divinidad. Estos bloques de contenido son precedidos en todo momento por una insistente apelación a los fieles, de tal modo que el opúsculo se abre y se cierra con una fórmula similar en la que la presencia del Anticristo se revela como una idea de singular importancia, concebida tal vez más como un recurso de carácter moral y admonitorio que como una auténtica realidad de inmediata aparición. Éste, sin embargo, es otro problema que abordaremos con posterioridad.

El autor del *Opusculum contra Antechristum*, por otra parte, se manifiesta muy comedido en las fuentes de referencia utilizadas, no sólo por el escaso número de las mismas sino porque, de las seis citas que incluye en el texto, únicamente la mitad puede considerarse como alusiones directas a la tradición apocalíptica. No hay ninguna inclusión de autores coetáneos, a no ser que el "*magister Anselmus*", a cuya identificación procederemos después, deba admitirse como un testimonio de época. Las *auctoritates* del escrito se centran especialmente en unas pocas referencias bíblicas, sobre todo del Nuevo Testamento: hay dos citas del apóstol Pablo, una de Pedro y otra del Apocalipsis; en cuanto al Antiguo Testamento, sólo se encuentra en el opúsculo una cita del profeta Isaías. Completa este breve repertorio la ya aludida mención del maestro Anselmo.

Hemos localizado la mayor parte de todas estas referencias, excepto la que se refiere al apóstol Pedro; en sus dos epístolas canónicas no hemos encontrado las palabras que transcribe el autor del *Opusculum*, por lo que cabe pensar que éste haya hecho una atribución incorrecta o que sus palabras, confiadas seguramente a la memoria, no sean todo lo literales que cabría esperar. Una comparación con el texto de la Vulgata para las citas localizadas permite comprobar la fidelidad textual de casi todas ellas, menos la que se refiere al *Apocalipsis* 19.21, en la que el autor se ha desviado de la literalidad bíblica y parece citar de memoria; tal vez, la aplicación al apóstol Pedro de unas palabras que no se encuentran en sus epístolas sea debida a un lapsus memorístico o a una errónea atribución, por lo que la cita podría pertenecer a otro pasaje bíblico que no hemos conseguido encontrar. Algo similar ha podido suceder con la referencia al *magister Anselmus*, del que se afirma que es *vir sapiens scilicet et catholicus*; en este caso, la cita recoge una mención al origen y nacimiento del Anticristo, además de una advertencia sobre su inmenso poder y simulación de divinidad. Estas características del personaje, comunes a la tradición apocalíptica, no ofrecen nada de extraordinario y podrían haberse enumerado a partir de cualquier otro autor que no fuera el citado Anselmo. La identificación de éste, por otro lado, presenta algunas dificultades, pues aunque hemos estimado como posibles a algunos autores que con este nombre trataron la materia apocalíptica, sin embargo no hemos descubierto en sus obras ninguna coincidencia con las palabras que transcribe el autor del opúsculo. Entre todos ellos, sólo dos, Anselmo de Laón y Anselmo de Havelberg, parecen reunir las condiciones necesarias para pensar que uno de ellos puede ser el autor citado en el texto.

El primero, nacido en torno al año 1050 y muerto en 1117, compuso, entre otras obras, unas *Enarrationes in Apocalypsin*, en donde la aparición del Anticristo y los aspectos de su actuación se descubren con mucha frecuencia en este comentario⁸. Anselmo de Havelberg, que responde bien al apelativo de *vir sapiens* que se le asigna en el texto, es algo posterior, pues, tal vez nacido hacia el año 1100, murió cerca de

⁸ Véase PL 162, 1499-1586. Se le atribuyen también unas *Enarrationes in Matthaem* (PL 162, 1227-1500), en las que el Anticristo y las tribulaciones futuras ocupan una porción importante del comentario, sobre todo al glosar el capítulo veinticuatro de Mateo.

Milán en el 1158. Su obra más importante son unos *Dialoghi* divididos en tres libros y dedicados al papa Eugenio III; en varios capítulos del libro primero expresa su concepción de la historia del mundo según la tópica división en siete estados que han de transcurrir en el desarrollo de la Iglesia; en concreto, las tribulaciones del fin del mundo y la venida del Anticristo se reservan para el sexto estado, mientras que el séptimo simboliza la parusía⁹. Con todo, aunque la figura del Anticristo ocupa un lugar importante en ambos autores, en ninguno de ellos hemos encontrado los detalles que transmite el *Opusculum* sobre su origen, sus posibles padres y las demás características.

A pesar de estas dificultades, una posibilidad más certera se abre para tratar de identificar a este *magister* Anselmo. Hacia el año 954 el abad Adso de Montier escribió una epístola a la reina Gerberga, esposa de Luis IV de Ultramar, para dar satisfacción a su deseo de saber detalles sobre el fin de los tiempos; esta carta, conocida también como *Libellus de Antichristo*, tuvo a lo largo de la Edad Media una enorme difusión y fue objeto de versiones y atribuciones diversas. Una de ellas, precisamente, fue asignada en el siglo XIV a san Anselmo; tal vez, el autor del *Opusculum* conociera este escrito y su referencia al *magister Anselmus* no sea otra que la de esta versión del texto de Adso de Montier. En ella, en efecto, se contiene toda la información que el anónimo transmite sobre el Anticristo en el opúsculo, si bien es verdad que no respeta la literalidad del mismo y sus palabras reflejan una versión bastante libre. El *Liber Anselmi de Antichristo*, título con el que se podría denominar este texto de Adso, incluye las alusiones al origen, padres y características del Anticristo que también se hallan en el *Opusculum*. De este modo, dadas las coincidencias, cabe suponer que el *magister Anselmus* se debe identificar con el autor de este referido *Liber*¹⁰.

De las fuentes utilizadas en el *Opusculum*, sólo Apocalipsis y Tesalonicenses II pueden considerarse clásicas referencias en la tradi-

⁹ *Dialoghi*, en PL 188, 1139-1248. Véase sobre todo 1158-1159. A Anselmo de Havelberg como autor escatológico le ha dedicado un capítulo Horst Dieter Rauh en su obra titulada *Das Bild des Antichrist im Mittelalter: Von Tyconius zum Deutschen Symbolismus*, Münster, Aschendorff, 1979, págs. 268-302.

¹⁰ *Vid.* la edición de este escrito en D. Verhelst, *De ortu et tempore Antichristi*, en *Corpus christianorum, continuatio mediaevalis*, v. XLV, Turnholti, Brépols, 1976, págs. 153-166.

ción del Anticristo, aunque el uso que hace de ellas el autor es muy escaso y limitado, pues de la primera nada más recoge una alusión al modo en que será exterminado el personaje; la epístola de Pablo, por otra parte, tampoco es usada de manera extensa para extraer de ella todas sus posibilidades exegéticas, sino sólo para corroborar la maldad y la fingida divinidad del *homo peccati*. Resulta así que el maestro Anselmo se convierte para el anónimo autor del opúsculo en la fuente más directa de información sobre la vida del Anticristo, aunque la transmisión de todas estas noticias bien pudiera proceder de otros lugares comunes, perfectamente conocidos por un eclesiástico en la Edad Media, quien pudo extraerlos de sus lecturas y conocimientos, sin necesidad de acusar su procedencia.

En el siglo XV, período cronológico en el que se inscribe la elaboración de este códice, la materia apocalíptica se hallaba sin ninguna duda bien difundida en Castilla; un ejemplo lo constituye la predicación que por los años de 1411 y 1412 llevó a cabo el dominico fray Vicente Ferrer, quien propugnaba, como ahora parece hacerlo también el autor de este texto, el cercano reinado del Anticristo¹¹. No faltan otros escritos en este sentido, ya que el ambiente se ofrecía propicio a la recepción de visionarios que pronosticaban el advenimiento cercano de catástrofes y males terribles a causa del desorden social y la corrupción política y eclesiástica: profecías sobre la destrucción de España (como la del famoso *Planto de San Isidoro*), menciones en las crónicas de la época, el breve escrito de Santillana conocido como *Lamentación de España*, versos funestos de algunos poetas cancioneriles, versiones de escritos de autores foráneos (como la del *Libro de las tribulaciones* del franciscano francés Juan de Rupescissa) son testimonio, entre otros muchos, del interés suscitado por este tipo de pronósticos y literatura, de la que también es muestra el *Opusculum contra Antechristum*¹². No es, por tanto, nada extraño que en la biblioteca de un noble como don Pedro

¹¹ A Vicente Ferrer dedica dos secciones de su libro José Guadalajara, *op. cit.*, págs. 232-247 y 328-343. Véase su itinerario apostólico y los sermones predicados en tierras de Castilla en Pedro M. Cátedra, *Sermón, sociedad y literatura en la Edad Media. San Vicente Ferrer en Castilla (1411-1412)*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1994.

¹² Remitimos de nuevo al libro de José Guadalajara, sobre todo a la sección tercera del capítulo IV, dedicado íntegramente a la literatura del Anticristo en la Castilla del siglo XV.

Fernández de Velasco, Conde de Haro, se encontrara un escrito de estas características, teniendo en cuenta además que estos fondos eran para uso de una institución religiosa como el Hospital de la Vera Cruz en Medina de Pomar.

El *Opusculum contra Antechristum* no es, sin embargo, una profecía terrorífica al modo de las que escribieron muchos visionarios medievales; tampoco se ofrece como un escrito polémico y crítico contra los poderes establecidos y ni siquiera especula sobre fechas posibles para el nacimiento del Anticristo. Participa, eso sí, de la creencia bastante extendida de que la actuación del inicuo personaje era inminente, algo que la jerarquía eclesiástica, en consonancia con un pasaje evangélico muy conocido para este caso, negaba con rotundidad¹³. El autor, en cambio, reitera en varias ocasiones a lo largo del texto esta idea de la pronta venida del Anticristo, uniéndola a la intencionalidad moralizante, que puede ser considerada como el motivo principal para la redacción de este opúsculo; ya en el epígrafe que lo abre se declara esta intención sin ninguna duda: *Hec est fides quam omnes catholici...etc.*, para añadir seguidamente su relación con la llegada del Anticristo. Cada una de las exhortaciones dirigidas a los fieles creyentes (números impares de la estructura del escrito señalada más arriba) incorpora, junto con el correspondiente aviso moral, esta misma advertencia por medio de las expresiones *qui Antichristi tempora visuri estis* o *ecclesie filii qui visuri estis Antechristum e in veniendi tempore Antechristi*, cerradas con la admonición *si Antechristum adoraveritis [...] eo peribitis*. Es evidente que el anónimo autor estaba trasladando a su escrito una creencia muy arraigada en su época, en la que tal vez él mismo creía (nos referimos ahora a la cercanía de la aparición del personaje, no al hecho de su realidad, que no era cuestionada por nadie), y de la

¹³ El pasaje no es otro que el que se encuentra en los sinópticos: “De aquel día y de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre”, Mt. 24.36; también Mc. 13.32. Esta idea la confirma en el siglo V Agustín de Hipona, *De civitate Dei*, libro XVIII, cap. LIII. En el quinto Concilio de Letrán, este rechazo a la proclamación de la cercana venida del Anticristo por algunos predicadores se hará efectivo en la bula *Supernae Maiestatis* (véase Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal*, IV, Madrid, B.A.E., 1961, págs. 422-423).

que se sirve para infundir un terror que conminara a mantener la integridad de la fe y la fidelidad a la Iglesia.

Esta coacción psicológica ejercida sobre los lectores de escritos apocalípticos o sobre los destinatarios de la predicación medieval no es un propósito siempre oculto e inconfesado, ya que, sin ningún tipo de rubor, lo declaran a veces algunos autores; tal es el caso del médico catalán Arnaldo de Vilanova, quien así lo afirma en su *Tractatus de tempore adventus Antichristi*, o del dominico fray Vicente Ferrer, que en un sermón se refiere también a la importancia del conocimiento de la cercana venida del Anticristo para inducir a las gentes a menospreciar los bienes terrenales, obedecer los mandamientos y confesarse¹⁴.

En el *Opusculum contra Antechristum* tal intención no se declara, pero es evidente que la insistente finalidad moralizante de su autor halla un apoyo inestimable en la advertencia que hace a los fieles cristianos de que van a ver los tiempos del Anticristo. Esto no anula, por otra parte, la esencia de la misma idea, es decir, que para él, como para tantos otros (es el caso de los autores citados más arriba), la llegada del Anticristo podría encontrarse ya verdaderamente próxima.

En cuanto a la caracterización que hace de este personaje, responde al trazado de una breve *vita*, en la que se exponen sus orígenes, atributos y algún aspecto de su actuación. La contraposición ahora con la *vita Christi* desarrollada un poco más arriba resalta la maldad del Anticristo y contribuye a reforzar la solución ejemplarizante. Esta *vita Antechristi* se enmarca dentro de un esquema tradicional en el que no destacan noticias singulares o novedosas, incluso se omiten detalles importantes como pudieran ser la duración del reinado del Anticristo, algunos de sus poderes, la presencia de Elías y Enoch, el tiempo destinado a la conversión, etc. En conjunto, resulta una reducida biografía en la que se han puesto de relieve determinados datos significativos: el primero

¹⁴ *Tractatus de tempore adventus Antichristi*, ed. de Josep Perarnau i Espelt, en "El text primitiu del *De mysterio cymbalorum ecclesiae* d' Arnau de Vilanova", *Arxiu de textos catalans antics*, 1988-1989, págs. 7-287 (véase la referencia de Vilanova a la necesidad del terror en la proclamación de la llegada del Anticristo en pág. 138). Para la alusión de Vicente Ferrer consúltese su *Sermón segundo del quemamiento del mundo*, ed. Pedro M. Cátedra, *op. cit.* pág. 590.

es la localización del lugar de nacimiento del Anticristo, que no es otro que la ciudad de Babilonia, símbolo de perversión y mundanidad desde antiguo, cuyo mismo nombre significa confusión; ésta se presenta siempre en la tradición apocalíptica como opuesta a Jerusalén, ciudad, en cambio, en la que se hará coronar el Anticristo y en la que proclamará su divinidad: *quod antiquam Ierusalem restaurabit in qua se quasi deum coli videbit* (§ 5). Ya en la segunda mitad del siglo X estaba perfectamente asentada esta idea, como lo corrobora el *Libellus de Antichristo* del abad Adso de Montier¹⁵.

Su origen en la tribu judía de Dan, según la interpretación clásica de una serie de textos bíblicos (Génesis 49.17, Jeremías 8.16 y Apocalipsis 7), es otro tópico de esta tradición que se encuentra ya en los primeros siglos del cristianismo, al menos desde la obra *Adversus haereses* del obispo Ireneo de Lyon (130-208)¹⁶; aquí, el autor del *Opusculum* vuelve a recoger esta procedencia étnica, según la autoridad del *magister Anselmus*, a quien cita como fuente para todos estos rasgos de carácter genealógico. En cuanto a sus padres, aspecto singular dentro de la tradición¹⁷, se afirma que nacerá *ex meretrice* y de *patre suo diabulo*, aunque este último aspecto quizá convenga matizarlo, ya que más bien parece (así se encuentra en la posible fuente y es un lugar común de esta literatura)¹⁸ que la intervención del diablo no se producirá directamente *in copula-*

¹⁵ D. Verhelst, *op. cit.*, pág. 24

¹⁶ Véase la edición francesa de esta obra preparada por Adelin Rousseau, Louis Douttreleau y Charles Mercier, *Contre les hérésies*, vol. V, tomo II, Paris, Les Editions du Cerf, 1969, págs. 378-379.

¹⁷ El mismo Adso de Montier afirma que el Anticristo nacerá “ex patris et matris copulatione”, idea que también se repite en la versión atribuida a San Anselmo (D. Verhelst, *op. cit.* págs. 23 y 161). En cambio en la versión asignada a Alcuino de York se completa esta información con una referencia a la calidad humana de los progenitores: “de immundissima meretrice et crudelissimo nebulone” (*ib.*, pág. 118). Estos aspectos aparecen tratados en José Guadalajara, “La genealogía del Anticristo en la tradición apocalíptica y su desarrollo en los escritos medievales hispánicos”, *Revista de Literatura Medieval* (en prensa).

¹⁸ Véase también, por ejemplo, Hildegarda de Bingen, que repite lo mismo en el siglo XII (*cf. Scivias sive visionum ac revelationum, visio XI, PL*, 197, 716-717). A fines del siglo XV, el aragonés Martín Martínez de Ampíes reiterará esta misma idea: “en la concepción de esta bestia maligna será la infusión diabólica y la madre suya será enchida de las tinieblas de malos spiritos”, cap. III, *Libro de Anticristo*, 1.543 B.N.M. (ed. facsímil en Ramón Alba, *Del Anticristo*, Madrid, Editora Nacional, 1982).

tione, sino mediante la introducción en el útero materno del espíritu diabólico: *in matris utero diabolico spiritu replebitur* (§ 5), como se explica en el mismo *Opusculum* un poco antes de aludir a la paternidad del diablo.

En concordancia con el supuesto Anselmo citado como fuente, el Anticristo recibe también aquí los tradicionales calificativos de *homo peccati* y *perditionis fillius*, dos denominaciones que remontan a Tesalonicenses II y que se han convertido en tópicos para designar al personaje. El mismo autor del opúsculo, como ya hemos comentado, cita esta carta paulina como una de sus referencias.

Se completa esta breve *vita* con la mención de dos atributos característicos del Anticristo: su facultad taumátúrgica (falsa, en realidad, pues se debe al uso engañoso operado por medio de las artes mágicas, como gustan de advertir los moralistas) y su proverbial sabiduría y elocuencia; con ambas ejercerá un poder de seducción con el que será capaz de atraerse a la mayor parte del género humano, según refieren los autores que han escrito sobre el personaje¹⁹. Sin embargo, a estas cualidades deben añadirse aún otras dos, poco resaltadas en el escrito pero que son características comunes del Anticristo y que forman parte de la tradición: se trata de su capacidad de infligir crueles tormentos a sus detractores y la de conceder prebendas y grandes bienes a sus fieles y discípulos, ideas que quedan aludidas cuando se señala que no hay que temer sus amenazas ni dejarse cautivar por sus promesas (§ 4).

Esta escueta referencia a dos rasgos tan importantes pone de manifiesto que el autor del *Opusculum contra Antechristum* no deseaba escribir una *vita* más o menos completa, sino que fundamentalmente pretendía utilizar la materia apocalíptica para transmitir unos contenidos dogmáticos y comunicar la necesidad de mantener la integridad de la fe con el pretexto de la pronta venida del Anticristo. A este propósi-

¹⁹ Lo hacen, por ejemplo, Jacobo de la Vorágine en su *Legenda aurea* (ed. José Manuel Macías, Madrid, Alianza Editorial, 1982, pág. 26), fray Vicente Ferrer en un sermón dedicado exclusivamente a exponer estas facultades del Anticristo (véase el *Sermón del avènement del Antechristo e de las otras cosas que deven venir en la fyn del mundo*, ed. Pedro M. Cátedra, *op. cit.*, págs. 535-545) y Marínez de Ampíes en varios capítulos de su *Libro de Anticristo*, por citar ahora algunos casos entre otros muchos.

to responde sobre todo la composición de este breve escrito, testimonio al fin y al cabo de cómo la literatura apocalíptica había prendido, bajo distintas formas y géneros, en la Edad Media europea.

APÉNDICE: BREVE ESTUDIO ESTILÍSTICO, EDICIÓN Y TRADUCCIÓN DEL MS. 9465 (BNM)

Para la edición de este texto relativo a la llegada del Anticristo, hemos realizado una transcripción semipaleográfica con desarrollo de las abreviaturas de época; por ello, hemos preferido respetar las grafías que presenta el manuscrito aunque muchas de ellas estén totalmente alejadas de la norma clásica: así, no hemos restituido el diptongo *ae*, que siempre aparece monoptongado en *e*, ni tampoco las geminadas, que se utilizan en ocasiones de una forma bastante caótica (por ejemplo, *fillius* o *perssona*). En esta misma línea, hemos preferido respetar la forma palatalizada del grupo consonántico *-ti*, siempre como *-ci*. No hemos querido tampoco corregir formas tan curiosas como *magnifestans*, *perhennem*, en la idea de que pueden considerarse grafías propias de la época y escritorio en que se copió el texto. Hemos introducido, no obstante, mayúsculas y hemos puntuado conforme a la práctica moderna a fin de facilitar su lectura. De igual modo, en aras de una mejor comprensión, hemos optado por separar las preposiciones *ab*, *a* e *in* de los nombres en ablativo en los complementos circunstanciales frente a lo que es habitual en el texto, donde siempre se escribe *intemplo*, *intempore* o *aquo*.

En lo que se refiere al texto en sí, no es mucho lo que puede decirse, pues, como se señaló ya en el estudio introductorio, no es de una gran calidad literaria. El autor, seguramente un eclesiástico con conocimientos de letras, quería convencer a sus posibles lectores de que, ante la llegada inminente del Anticristo, era preciso recordar algunos principios básicos de la fe católica, por lo que redacta su escrito con más intención doctrinal que otra cosa. El texto se articula, así, como un sermón admonitorio donde se pasa lista a los principios básicos de la fe, que han de ser recordados y conservados en la memoria para luchar contra el llamado “hijo de perdición”. Como sermón que es, el texto se construye de acuerdo con los principios básicos de la *divisio* (o división de la materia) y la *auctoritas* para cerrar el discurso con una *conclusio* que incide en la idea de la presencia

de Cristo en el cielo, el juicio final y la Trinidad.

El carácter dogmático y didáctico del texto, propio por lo demás de cualquier sermón, se aprecia en la manera de formular ciertas ideas de acuerdo con un cliché prefijado, algo que observamos cuando se hace mención a la vida de Cristo, un largo período sintáctico en el que se recuerdan por medio de frases breves algunos de los hechos más importantes de su biografía: su concepción inmaculada, la adoración de los magos, la huida a Egipto, su bautismo, su estancia durante cuarenta días en el desierto, su predicación y, finalmente, su pasión, muerte, resurrección y ascensión al cielo.

Desde luego, como se ha indicado, no se aprecia la intención de elaborar un relato adornado y literario de estos hechos, que aparecen simplemente mencionados en una sucesión de oraciones en aposición, que sólo presentan cierta dificultad en algunas digresiones con las que el autor pretende explicar el alcance de algunos de los hitos mencionados; así, cuando habla del bautismo, muestra un cierto interés en señalar que, a pesar de ser un hombre nacido sin pecado, Cristo quiso instaurar esta costumbre para salvar a “su esposa la Iglesia” y a los fieles cristianos. Es precisamente en estos casos, donde el autor intenta elevar el estilo aplicando ciertos procedimientos retóricos que sirven para destacar la repetición de esas ideas fundamentales de especial trascendencia para el cristiano; para ello, se sirve de algunas figuras como el políptoton y la derivación: *docens nos temptationes vincere temptari pertulit ipsumque temptatorem vincens nos ab eius potestate eripuit* [§ 2]; del mismo modo, el texto vuelve a demorarse cuando se habla del modo en que Cristo, con su muerte, ha conseguido atenuar al diablo: *animam suam posuit, qua ad infernum descendens portas confregit, ipsum humani generis inimicum scilicet diabolum in profundum inferni ligavit, captivitatem, quam idem tocius malicie invento captivaverat, recaptivavit* [§ 2].

El siguiente dogma mencionado es el de la Trinidad, que simplemente es enunciado conforme a la fórmula tradicional de “tres personas distintas y un único Dios verdadero” de acuerdo con el estilo desnudo, preciso y breve que impera en el texto. Tras esta exposición, sustentada en la *auctoritas* de las Escrituras o de escritores cristianos, comienzan las advertencias con unas oraciones exhortativas que se engarzan con el relato de la vida del Anticristo. Su biografía se resume nuevamente en una serie de breves elementos, alusivos al nacimiento y a las características de este per-

sonaje en contraposición y antítesis (como era de esperar) con el ejemplo de Cristo, y cuya fuente principal es el *magister* Anselmo; una vez más son las digresiones las que elevan el tono del discurso y siempre con el recurso de las figuras de repetición (§ 3) y alguna que otra sencilla enumeración, muchas veces con función aclaratoria; esto último es una prueba más de la intención didáctica del escrito, pues, justo cuando se emplea algún recurso retórico o la expresión se viste con algún adorno, el autor del texto siente la necesidad de glosarlo inmediatamente a través de los conocidos *scilicet* o *idest*. Todo ello permite confirmar la sospecha de que el autor del texto hubo de ser un hombre de Iglesia acostumbrado a esas exposiciones dogmáticas, pilares sobre los que se asentaba la fe.

En cuanto a su manejo y uso de la lengua latina, es el propio de esta época, en que existía un gran desconocimiento de la ortografía clásica según se ha señalado más arriba. Desde el punto de vista de la sintaxis, es también característico el uso de la conjunción *quod* / *quia* (la abreviatura para ambas conjunciones es la misma) como completiva frente a lo que es común en el latín clásico, donde ambos términos son simples conjunciones causales: [§ 3] *vobis testor...quia hec est vera fides*. Hay además un par de expresiones erróneas que llaman especialmente la atención y que no sabemos si hay que atribuir al autor o al copista: en dos ocasiones se introduce un doblete por medio del adverbio *alias* para ofrecer una segunda opción sintáctica: así, *verus homo est sine quo nemo ad patrem pervenire possit (alias potest)* [§ 3] y *neque enim aliud nomen est sub celo datum hominibus in quo oporteat nos salvos feci (alias fieri)* [§ 4], donde aparece la extraña forma *feci*, que quizás habría que enmendar por *faci* a pesar de lo clara que resulta la lectura de este término, con lo que tendríamos un extraño infinitivo pasivo del verbo *facio*. Dejados a un lado estos elementos, el resto del texto responde también a lo común en la época al presentar una sintaxis poco ortodoxa en algunas de sus expresiones (cabe destacar el uso de los pronombres deícticos como *ipse* y de las preposiciones, con el predominio de la preposición *de* frente a *ab* y *ex*). De todas formas, gran parte de estos usos vendrían determinados por el carácter de este texto, en el que se intenta exponer de manera clara y sencilla algunos de los dogmas de la fe católica como único medio para alcanzar la salvación y resistir las posibles tentaciones del diablo.

Hec est fides quam omnes catholici debemus tenere contra Antechris-

tum et contra eius falsos apostolos.

[1] Hortor eciam vos, omnes ecclesie fideles, qui Antichristi tempora visuri estis, ut Ihesu Christo Dei et Virginis fillio devota mente adhereatis eique puram et [in]corruptam fidem exhibeatis et neque temporalium rerum promissionibus neque Antichristi vel ministrorum eius terroribus ab integritate fidei ipsius Ihesu Christi recedatis.

[2] Ipse ante omnia secula ineffabiliter natus est de Deo patre, ipse pro redemptione nostra dignatus est nasci in tempore de Virgine matre; conceptus de Spiritu Sancto in utero Virginis humanitatem nostram sine peccato ibi univit et secundum ipsam natus. Legi obediens se ipsum quadragesimo nativitatis die divinitus accensis lampadibus et obviam sibi populis laude cantantibus in templo praesentavit. Magos divina inspiracione ad se ipsum adorandum de orientis partibus prima stella perduxit; a facie Herodis terreni videlicet regis non resistendo sed humiliter persecucionem declinando, monente angelo, in Egiptum descendit et, ut ecclesiam sponsam suam ab originali peccato ablueret, qui peccatum²⁰ omnino nullum habebat, baptisari voluit et, ut eiusdem ecclesie filliis exemplum abstinentie donaret, quadraginta diebus ieiunavit: docens nos temptaciones vincere temptari pertulit ipsumque temptatorem vincens nos ab eius potestate eripuit.

Predicacione sua nos miseros sedentes in tenebris et umbra mortis illuminavit. Passionem secundum humanitatem non pro se sed pro humani generis reparacione sustinuit, crucem misericorditer ascendit et in ea, ut bonus²¹ pastor pro ovibus suis animam suam posuit, qua ad infernum descendens portas confregit, ipsum humani generis inimicum scilicet diabolum in profundum inferni ligavit, captivitatem, quam idem tocius malicie inventor²² captivaverat, recaptivavit. Inde rediens tercia die corpus de monumento suscitavit, se ipsum per quadraginta dies in multis argumentis discipulis suis magnifestans quadragesimo die celum ascendens eandem quam ab inferis abstraxerat captivitatem in celum collocavit et in dextera Dei patris, a quo exierat, sedet, unde eciam in fine mundi venturus est ut reddat

²⁰ peccato *A*

²¹ bonis *A*

²² invento *A*

unicuique iuxta opera sua et iudicet vivos et mortuos et seculum per ignem.

[3] Vobis testor, o ecclesie filii qui visuri estis Antechristum vel illius falsos apóstolos, quia hec est vera fides et catholica, quam nisi integram inviolatamque servaveritis, salvi esse non poteritis. Iste igitur qui sic est, ut supra diximus, de Deo patre et de Virgine matre sine peccato natus, cum eodem patre et Spiritu Sancto unus est et verus deus, verus deus et verus homo est sine quo nemo ad patrem pervenire possit (alias potest). De Deo patre ante omnia secula ineffabiliter genitus veram accepit in tempore de Virgine matre substanciam, cum qua terciam habet in Trinitate²³ perssonam.

Christus est igitur vere fidei fundamentum fortissimum, a lege et prophetis habens testimonium, unde ait apóstolus Paulus, nemo potest aliud fundamentum ponere preter id quod positum est, quod est Christus Ihesus, ipsum habemus in terra piissimum et fortissimum pastorem, per ipsum credimus pertingere ad eiusdem patris sui perhennem et dulcissimam visionem, ipse est via recta, verissima veritas et vita eterna per quam filii ecclesie currunt et perveniunt ad eterna premia.

[4] Iterum vos moneo, o populi christiani, qui vivi in corpore estis, in veniendi tempore Antechristi ut firmiter teneatis hanc Ihesu Christi Dei et hominis fidem contra eiusdem Antechristi persecucionem vel falacem disputacionem, nam (ut ait beatus Petrus apóstolus) non est in alio aliquo salus neque enim aliud nomen est sub celo datum hominibus in quo oporteat nos salvos feci (alias fieri) nisi in Christo Ihesu filio Dei, qui mundum redemit de manu hostis antiqui. Minas ergo Antechristi non pertimescatis nec illius promissionibus adquiescatis nec miraculis fidem attribuatis, quia non veniet ut mundum redimat sed ut genus humanum secum ad perditionem pertrahat.

[5] Ideo illud scriptum comemorat filium perditionis, quia suis falsis miraculis et verbis seductoriis multos secum precipitabit in stagnum ignis ardentis et ad ultimum ipse interficietur spirituali gladio ex utraque parte acuto, qui procedit ex ore Ihesu Christi in dextera Dei patris sedentis. Unde Ysayas propheta enumeratis virtutibus eiusdem fillii Dei et Virginis loquitur dicens spiritum labiorum suorum interficiet impium.

Revera impius est et crudelis, qui nec sibi parcat nec aliis. Congrue igi-

²³ Trinitatem A

tur illum propheta impium vocavit, quia, cum venerit, et se et multos alios secum condemnabit. De quo eciam ait beatus Paulus apostolus, cum revelatus fuerit ille homo peccati, fillius perdicionis, qui adversatur et extollatur supra omne quod dicitur aut quod tollatur, ita ut in templo Dei sedeat ostendens se tanquam sit deus. Recte siquidem homo peccati dicitur quia, ut ait magister Anselmus vir sapiens scilicet et catholicus, in Babilonia ex meretrice de tribu Dam nascetur et in matris utero diabolico spiritu replebitur et a maleficiis nutrietur. In templo Dei sedebit ostendens se tanquam sit Deus, quod antiquam Iherusalem restaurabit, in qua se quasi deum coli videbit.

[6] Hic igitur, o fideles christiani, qui homo peccati et perdicionis fillius dicitur nequaquam pro Deo est colendus sed omnibus modis a filiis ecclesie abominandus et execrandus; sanctitatem simulabit sed omni dolo et falacia plenus erit. Miracula factururus est non vera sed ab ipso et patre suo diabulo fallaciter inventa; omni arte magica et seculari sciencia atque incredibili eloquencia eruditus erit, quibus humanum genus decipiet sibi-que subiugabit.

Videte igitur, fratres karissimi, cum revelatus fuerit ille homo peccati, perdicionis filius, ne illius signis et prodigiis, virtutibus mendacissimis decepti cito moveamini a vestro sensu, idest a recto et vero catholice fidei statu. Videte ne adoretis fillium perdicionis loco redemptoris: insani capitis est et vani filium iniquitatis adorare et Ihesum Christum fillium Dei omnipotentis contempnere, qui mundum redemit suo precio[so] sanguine. Procul dubio igitur, si Antechristum adoraveritis sive²⁴ caracterem in manu, scilicet in operatione, aut in fronte, idest in confessione nostra, susceperitis²⁵, cum eo peribitis.

[7] In Christo itaque Dei et Virgine filio ancoram spei vestre reponite, ad ipsum gradibus honorum operum accedite. Pro ipso, si necesse fuerit, persecuciones, plagas, verbera et cetera adversa tollerate. Ipsum brachiis vere fidei et sincere dileccionis amplectimini, ad ipsum in dextera Dei patris sedentem suma devocione oculos mentis erigite; ipsum cum Deo patre et Spiritu Sancto in celo regnantem unum et verum Deum adorate ut

²⁴ sine A

²⁵ suscepitis A

cum electis eius in ipsius presencia sine fine possitis regnare ipso prestante, qui cum eodem patre et Spiritu Sancto in Trinitate perfecta vivit et regnat Deus per omnia secula seculorum amen.

TRADUCCIÓN:

Ésta es la fe que todos los católicos debemos tener contra el Anticristo y contra sus falsos apóstoles.

[1] Os exhorto a vosotros, fieles todos de la Iglesia que vais a ver los tiempos del Anticristo, a que os adheráis devotamente a Jesucristo, hijo de Dios y de la Virgen, a que le mostréis una fe pura e incorrupta y a que no os apartéis de la integridad de la fe del propio Jesucristo por las promesas de cosas temporales ni por el temor al Anticristo o a sus ministros.

[2] El mismo Jesucristo nació inefablemente, antes de todos los siglos, de Dios padre; él mismo, por nuestra redención, se dignó nacer de la Virgen su madre en el tiempo; concebido por el Espíritu Santo en el útero de la Virgen alcanzó allí sin pecado nuestra naturaleza humana y, de acuerdo con ella, nació. Obediente a la ley, a los cuarenta días de su nacimiento, se presentó a sí mismo en el templo mientras ardían lámparas de manera divina y los pueblos cantaban ante sí en su alabanza. Con una estrella singular condujo por inspiración divina a unos magos desde oriente para que lo adoraran; lejos de la vista de Herodes, un rey en verdad terreno, no resistiendo sino esquivando con humildad su persecución, por consejo de un ángel, bajó hasta Egipto y para librar a su esposa, la Iglesia, del pecado original, él que no tenía ningún pecado quiso ser bautizado y, para ofrecer a los hijos de esta misma Iglesia ejemplo de abstinencia, ayunó cuarenta días: enseñándonos a vencer las tentaciones, soportó ser tentado y venciendo al propio tentador nos libró de su poder.

Con su predicación, nos iluminó a nosotros, míseros postrados en las tinieblas y en la sombra de la muerte. No por sí sino por la reparación del género humano, sufrió pasión acorde con su naturaleza humana, subió a la cruz con misericordia y en ella, como el buen pastor por sus ovejas, dejó su alma, con la que, bajando a los infiernos, quebró sus puertas, ató al enemigo mismo del género humano, es decir al diablo, en lo profundo del

infierno y volvió a hacer cautiva a la cautividad que el propio inventor de toda la malicia había hecho cautiva. Regresando de allí al tercer día, levantó su cuerpo del sepulcro y, tras manifestarse a sus discípulos con numerosas pruebas durante cuarenta días, subió al cielo el cuadragésimo día y colocó en el cielo la misma cautividad que había arrebatado de los infiernos; y se sienta a la derecha de Dios padre, de quien había salido, desde donde vendrá en el fin del mundo para pagar a cada uno de acuerdo con sus obras y juzgar a vivos y muertos y el mundo por medio del fuego.

[3] A vosotros, hijos de la Iglesia que vais a ver al Anticristo o a sus falsos apóstoles, os pongo por testigos de que ésta es la verdadera fe católica y, si no la conserváis íntegra e inviolada, no podréis estar a salvo. De este modo, este que, como dijimos más arriba, nació sin pecado de Dios padre y de la Virgen su madre, con el mismo Padre y con el Espíritu Santo es un solo y verdadero Dios, es Dios verdadero y hombre verdadero, sin el cual nadie podría (o puede) llegar hasta el Padre. Engendrado por Dios padre antes de todos los siglos inefablemente, adquirió de la Virgen su madre verdadera sustancia en el tiempo y con ella tiene la tercera persona en la Trinidad.

Cristo es así el más fuerte fundamento de la verdadera fe, de acuerdo con el testimonio de la Ley y de los profetas, de donde el apóstol Pablo dice nadie puede poner otro fundamento excepto el que está puesto, que es Jesucristo; a este mismo lo tenemos en la tierra como el más pío y fuerte pastor, gracias a él creemos avanzar hasta la perenne y dulcísima visión de su padre, él mismo es la vía recta, la más verdadera verdad y la vida eterna, por la que los hijos de la Iglesia corren y llegan a los premios eternos.

[4] Una vez más os aconsejo, ¡oh pueblos cristianos!, que estáis vivos en cuerpo, que en el tiempo en que ha de venir el Anticristo mantengáis firmemente esta fe en Jesucristo, Dios y hombre, contra la persecución o falaz disputa del propio Anticristo, pues (como dice el beato apóstol Pedro) en ningún otro hay salvación ni se ha dado a los hombres bajo el cielo otro nombre en el que convenga que nos salvemos sino en Jesucristo, hijo de Dios, que ha redimido al mundo de las manos de su antiguo enemigo. Así, no temáis las amenazas del Anticristo ni confiéis en sus promesas ni deis fe a sus milagros, porque

no vendrá para redimir al mundo sino para arrastrar al género humano consigo a la perdición.

[5] Por ello, aquel escrito recuerda al hijo de perdición, porque con sus falsos milagros y sus palabras seductoramente precipitará a muchos consigo a un estanque de fuego ardiente y, al final, él mismo será asesinado con una espada de aliento, afilada por ambas partes, procedente de la boca de Jesucristo, que se sienta a la derecha de Dios padre; de donde el profeta Isaías, tras enumerar las virtudes del mismo hijo de Dios y de la Virgen, dice: “soplado el hálito de sus labios matará al impío”.

Ciertamente es impío y cruel el que no se respeta a sí mismo ni a los demás; por ello, con razón el profeta lo llamó impío, porque, cuando venga, se condenará a sí mismo y a muchos otros consigo. Acerca de éste, el beato apóstol Pablo dice también: “cuando se revele aquel hombre de pecado, hijo de perdición, será adverso y será sublimado por encima de lo que se dice o lo que se ensalza, de tal modo que llegará a sentarse en el templo de Dios mostrándose a sí mismo como si fuese Dios”. Con razón se le llama hombre de pecado, porque, como dice el maestro Anselmo, un hombre en verdad sabio y católico, nacerá en Babilonia de una meretriz, de la tribu de Dan, y en el útero de su madre se llenará de espíritu diabólico y se nutrirá de maleficios. Se sentará en el templo de Dios mostrándose a sí mismo como si fuese Dios, porque restaurará la antigua Jerusalem, en la que verá que es honrado casi como un dios.

[6] De este modo, ¡oh fieles cristianos!, este que es llamado hombre de pecado e hijo de perdición no ha de ser honrado en modo alguno como Dios sino que ha de ser abominado y execrado de todas formas por los hijos de la Iglesia; éste simulará santidad pero estará lleno de todo engaño y falacia. Hará milagros no verdaderos sino inventados engañosamente por él mismo y por su padre el diablo; estará instruido en toda arte mágica, en la ciencia secular y en una increíble elocuencia, con las que cautivará al género humano y lo pondrá bajo su yugo.

Mirad, pues, queridísimos hermanos, no sea que, cuando se revele el hombre de pecado, hijo de la perdición, engañados por sus signos, prodigios y mentirosísimas virtudes os apartéis rápidamente de vuestro sentido, es decir, de la recta y verdadera actitud de la fe católica. Mirad no adoréis al hijo de perdición en vez de al Redentor: es propio de una

cabeza sin juicio y vacía adorar al hijo de la iniquidad y despreciar a Jesucristo, hijo de Dios omnipotente, que ha redimido al mundo con su preciada sangre. Así, sin duda, si adoráis al Anticristo o si adoptáis su marca en la mano, esto es en el modo de actuar, o en la frente, es decir en nuestra confesión, os perderéis con él.

[7] Así pues, poned el ancla de vuestra fe en Cristo, hijo de Dios y de la Virgen, acercaos a él con los pasos de los honores y obras. Si fuese necesario, soportad por Él persecuciones, golpes, azotes y demás adversidades; abrazadle con los brazos de la fe verdadera y del amor sincero, levantad con suma devoción los ojos de vuestra mente hacia él, que se sienta a la derecha de Dios padre; adoradle a él, único Dios verdadero que reina en el cielo con Dios padre y con el Espíritu Santo para que con sus elegidos y en su presencia podáis reinar para siempre con él a la cabeza, quien con el mismo Padre y el Espíritu Santo vive en una Trinidad perfecta y, como Dios, reina por los siglos de los siglos. Amén.

I.E.S. Mejorada
Universidad de Alcalá

JOSÉ GUADALAJARA - TERESA JIMÉNEZ